

Apartes

El francés de Azorín

En 1936 Azorín decide abandonar Madrid. No es el ambiente de una guerra civil el clima de su vida. Vivir, sobrevivir, le va a resultar difícil, incómodo, quizás arriesgado; trabajar le va a resultar imposible. Estaba acostumbrado a escribir desde las dos de la madrugada hasta que amanecía: cuatro horas de silencio, de concentración, de paz.

¿Adónde va a ir? El escritor no duda: a París. Es un viejo admirador de Francia. Su formación literaria es francesa. Sus grandes maestros, además de nuestros clásicos, son los clásicos vecinos, Montaigne sobre todo.

La revolución que en la prosa española ha traído Azorín procede en buena parte de su primeriza imitación de una estructura clara, sencilla. Yo digo, yo pienso, yo hago... Parece sacado de un manual de francés elemental.

Pero resulta que en París —lo cuenta muy bien Marino Gómez— Santos en su reciente volumen *Españoles sin fronteras*, sobre el destierro de siete grandes figuras contemporáneas de las letras y el pensamiento— trata de hacer la misma vida que en Madrid, pero le cuesta concentrarse en su trabajo.

—Me encuentro materialmente en París, pero mi espíritu está en Madrid. ¿Qué es lo que estará ahora pasando en Madrid? ¿Qué les habrá ocurrido a los queridos familiares que en Madrid he dejado?

Azorín escribirá mucho en París. Mandará artículos a Buenos Aires, y de esto vivirá. No nos cuesta mucho imaginar su vida cuando leemos los cuentos de *Españoles en París*. Es la misma persona de siempre.

—En París yo continúo siendo un hombre del Levante español.

Contribuye a su inadaptación un hecho sorprendente.

El hombre que tan bien conoce los clásicos franceses, el hombre en quien ha influido la sintaxis gala hasta el punto de revolucionar la prosa española, no habla francés.

—En unas memorias he de decir la verdad: no hablo francés; tengo una incapacidad absoluta para aprender idiomas.

Azorín se encuentra de pronto sin papeles. José Martínez Ruiz, que es su nombre civil, no está en las tarjetas de identidad francesas. Su pasaporte, además, ha caducado. En su angustia, escribe a su amigo el doctor Marañón. El doctor abandona el sur de Francia, donde está de vacaciones, y acude a París y habla con el ministro del Interior, Albert Sarraut. El ministro accede a recibir al escritor.

Azorín acude acompañado por Miguel Pérez Ferrero. El escritor amigo hablará en francés con el ministro. El señor Sarraut se hace cargo de que los escritores a veces son distraídos, de que Azorín es un escritor español de relieve y un amigo de Francia. Resolverá la cuestión.

—Ahora dígame usted lo otro— murmura Azorín.

Lo otro es que en Francia están, con el escritor, su esposa, la hermana de su esposa y su sobrino. Todos sin documentación.

El ministro queda un poco sorprendido, pero también a esta proliferación de hispanos en París le halla remedio.

Se levantan. Ha llegado el momento en que el gran escritor, el gran lector de los clásicos y los modernos de su querida Francia, pronuncie unas palabras. Se limitará a dar las gracias. ¿Dirá, sencillamente, *Merci beaucoup*?

Efusivamente, el escritor estrecha, al despedirse, la mano del ministro.

—*Beaucoup merci*— murmura. Y sale, satisfecho.

Lorenzo GOMIS